

imaginación creadora, polícromo y rico; ó son, finalmente, un esfuerzo, poderoso y rudo, para hacer un examen de conciencia social, un severo análisis de una situación, de una condición, de un medio ambiente determinado y de un momento histórico, para encararse con un problema colectivo, con un fenómeno ó un conjunto de fenómenos que interesen á la vida del pueblo, que tengan que resolverse urgentemente, que deban hacer que en seguida los hombres todos se pongan en pie, y marchen sin vacilación á hacer su labor.

El primer grupo de conferencias habla sobre todo á la inteligencia; expone, deleita, enseña; el segundo se dirige á la imaginación y á las emociones: transporta, idealiza, conmueve; el tercero, en fin, clava sus miradas ansiosas en los ojos enigmáticos del esfinge, le plantea la cuestión enloquecedora, y si es posible, le arranca su secreto; lo grita luego, convulsa y resuelta, lo grita á todos, y llama á todos, para que pongan por obra lo que su conciencia exija que se haga.

Este último tipo de conferencias constituye así, he dicho, un examen de conciencia social: problemas que á todos preocupan, que á todos deben preocupar, se presentan ante los buenos y leales hijos de un país, ante los buenos y leales hijos de la humanidad, y se examinan hondamente, para despertar la conciencia colectiva y promover la acción salvadora.

¿Cuál sería... ¿cuál es en estos momentos, aquí, en México, el problema social de mayor trascendencia, el que más absolutamente tiene que embargar nuestro espíritu?

Es un problema viejo y siempre nuevo: es el problema que se planteó á la hora de la conquista española; que se resolvió entonces bruscamente; bruscamente y rudamente, en la forma única en que tenía que resolverse; que se irguió

otra vez ante España cuando México combatió por lograr su autonomía política; que en seguida, noventa años, ha palpitado con incierta y oscilante vida, á obscuras, en la sombra, y que hoy, cuando está produciéndose,—con la esperanza preñada de promesas de una aurora,—el advenimiento de la democracia, se vuelve apremiante, imperioso, ineludible; de inmediata y urgente resolución; se nos encara para siempre. Es el problema del gobierno del pueblo. Es el problema de la vida del pueblo.

Formulado en el momento en que el semi-dios indio, el guerrero incansable, el héroe Cuauhtemoc, en medio del pueblo arremolinado en furiosa marejada en torno del Palacio de Axayacatl, se enderezó de súbito, como si el pueblo mismo lo empujara, y se hiciera visible en él, y se personificara en él, para disparar su flecha libertadora contra el déspota Moctezuma; formulado, digo, en ese instante que iluminan claras luces de gloria y rojas llamas de incendio, el problema del gobierno del pueblo por el pueblo se resolvió bruscamente por el modo único por el que podía ser resuelto, por el triunfo de la civilización más poderosa; y desde esos momentos, por tres siglos, el gobierno no fué del pueblo; fué de los conquistadores, de los hombres de allende el mar, que habían venido á ser dueños de esta tierra.

Durante ese largo transcurso de tiempo, durante los tres siglos, si por acaso palpataba en las tinieblas un esfuerzo viril y doloroso, aunque larval ó informe, para resucitar el problema, podían oírse luego las palabras que en el último tercio del siglo XVIII, lanzó un bando virreinal inolvidable: «de una vez para lo venidero, deben saber los vasallos del Gran Monarca que ocupa el Trono de España, que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir y opinar en los altos asuntos del gobierno»....